



Bethlehem Ministry
OF THE ASSEMBLIES OF GOD

VIDA RELEVANTE IV

COMUNIÓN CON LOS HERMANOS



*“Pero si andamos en la luz, como Él está
en la luz,
tenemos comunión unos con otros, y la
sangre de Jesucristo, su Hijo,
nos limpia de todo pecado.”
I Juan 1:7*

**BOLETIN 654 - ESTUDIO 794
2 AL 6 DE FEBRERO DE 2026**

INTRODUCCIÓN

A lo largo de esta serie sobre “*Vida Relevante*”, hemos sido conducidos, por nuestro pastor, según la orientación del Espíritu Santo, a revisar uno de los fundamentos de la fe cristiana: la Comunión. Ya reflexionamos sobre la comunión con Dios Padre, sobre la comunión con Jesucristo y sobre la comunión con el Espíritu Santo. Aprendimos y reconocimos que la vida cristiana auténtica depende de una relación viva, continua y transformadora con nuestro Señor.

Ahora avanzamos hacia una dimensión inseparable de las tres anteriores: la comunión con los hermanos.

No se trata de un tema secundario, ni de un apéndice práctico de la fe. La comunión entre los hermanos es evidencia concreta de la comunión con Dios, con Cristo y con el Espíritu Santo. Donde la comunión horizontal se rompe, se debilita o se descuida, se demuestra un compromiso afectado en la comunión vertical.

El apóstol Juan es intencionalmente claro al escribir que “si andamos en la luz... tenemos comunión unos con otros”. Nótese que él no dice: “debemos tener comunión”, sino “tenemos comunión”. La comunión no se presenta como una obligación externa, sino como

un resultado inevitable de una vida que camina en la luz de Dios. La comunión fraterna no es producida por afinidad natural, afinidad cultural o conveniencia institucional, sino por el mismo principio que sostiene toda la vida cristiana: la vida compartida en Dios.

Ante las tensiones e imperfecciones de la convivencia, corremos el serio riesgo de considerar la idea de vivir un cristianismo aislado. En momentos de cansancio, comentamos o pensamos cuán bueno sería vivir en un sitio o en una finca, lejos de todos, adorando solo con nuestra familia.

Sin embargo, el Evangelio es, esencialmente, comunión. La Cena del Señor es comunión, el culto es comunión y el propio Cielo es la consumación de esa unidad. Tener comunión con los hermanos es un ensayo sagrado de aquello que viviremos juntos con nuestro Señor.

Como bien observa el teólogo Stanley Horton:

“Ningún cristiano puede ser una unidad completa en sí



mismo; fuimos creados para ser canales de bendición unos para otros, y el Espíritu Santo opera con mayor plenitud donde los miembros están unidos entre sí."

Esta verdad es sellada por la Escritura, que nos recuerda que no somos piedras aisladas, sino parte de una construcción colectiva:

Efesios 2:22

"En quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu."

Que podamos recordar que el amor y la comunión con nuestros hermanos son pasos indispensables en nuestro caminar. No fuimos llamados a ser "islas espirituales", sino un cuerpo vivo, donde la vida de uno depende del sustento del otro. Si nuestro destino es la Eternidad juntos, que comencemos hoy a caminar en la luz, lavados por la misma Sangre.

¡Disfruta!

EL FUNDAMENTO BÍBLICO DE LA COMUNIÓN FRATERNA

1. La comunión como realidad espiritual (*koinonía*)

La palabra comunión, en el Nuevo Testamento, traduce el término griego *koinonía*, que expresa la idea de participación, compartir, vínculo vital y vida compartida. *Koinonía* no se

limita a encuentros sociales, cordialidad o convivencia institucional; describe una realidad espiritual objetiva: ***personas que participan de la misma vida, de la misma gracia y del mismo Espíritu.***

En I Juan 1:7, la comunión entre los hermanos se presenta como consecuencia directa de "andar en la luz". La luz, en el contexto joánico, se refiere al propio Dios (I Jn 1:5). Andar en la luz, por lo tanto, es vivir en alineación con el carácter, la verdad y la santidad de Dios. Donde esta realidad existe, la comunión fraterna surge como fruto inevitable.

Esto nos enseña que la comunión cristiana no se construye primordialmente por esfuerzos humanos de unidad, sino por una realidad espiritual compartida. Estamos unidos no porque decidimos unirnos, sino porque fuimos unidos en Cristo por el Espíritu Santo (I Co 12:13).

2. Comunión y purificación: el papel de la Sangre de Cristo

Juan conecta la comunión con los hermanos a la purificación continua por la Sangre de Jesús. Esto revela que la comunión cristiana ocurre en un ambiente de gracia, no de perfección moral. No nos relacionamos como personas que ya alcanzaron la santidad plena, sino como pecadores

redimidos, continuamente purificados por el sacrificio de Cristo.

Este punto es crucial: las iglesias enferman cuando la comunión es sustituida por juicio, comparación y legalismo. La comunión verdadera reconoce la santidad de Dios, pero también reconoce la necesidad humana, creando un ambiente donde la confesión, el arrepentimiento, la restauración y el cuidado mutuo son posibles.

Santiago 5:16

“Confesaos vuestras ofensas unos a otros y orad unos por otros, para que seáis sanados [...]”

Stanley Horton, al tratar sobre la vida cristiana en el Espíritu, afirma que “la comunión del Cuerpo de Cristo se mantiene no por la perfección de los miembros, sino por la obra continua de la gracia de Dios aplicada por el Espíritu Santo”. Por lo tanto, nuestra unión no depende de que seamos perfectos, sino de la Sangre de Jesús que nos purifica y nos mantiene unidos. Esa Sangre es la que sostiene nuestra comunión; y nuestra responsabilidad es andar en la luz, para que el mundo vea que lo que nos une no son nuestras cualidades, sino la gracia del Calvario que nos hizo un solo cuerpo.

LA COMUNIÓN COMO MARCA DE LA IGLESIA EN EL NUEVO TESTAMENTO

Hechos 2:42-47

Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión, en el partimiento del pan y en las oraciones. Y sobrevino temor a toda persona; y muchas maravillas y señales eran hechas por los apóstoles. Todos los que creían estaban juntos y tenían todas las cosas en común. Vendían sus propiedades y posesiones y las repartían a todos, según la necesidad de cada uno. Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos.

1. La Iglesia Primitiva como modelo

El texto de Hechos 2 presenta un retrato de la Iglesia naciente poco después del derramamiento del Espíritu Santo. El resultado inmediato de Pentecostés no fue solo poder espiritual, sino una vida



comunitaria transformada. Los creyentes “perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión, en el partimiento del pan y en las oraciones”.

La comunión aparece como una práctica estructurante de la vida de la Iglesia. Se expresaba en el compartir de recursos, en la hospitalidad, en la vida en los hogares y en la alegría espiritual. Esta comunión no era forzada; era fruto de la acción del Espíritu en corazones regenerados.

El pastor Antônio Gilberto observa que “el verdadero avivamiento bíblico nunca produce creyentes aislados, sino una iglesia viva, solidaria y comprometida unos con otros”.

2. Muchos miembros, un solo cuerpo

1 Corintios 12:12

Porque así como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también es Cristo.

El apóstol Pablo desarrolla la teología de la comunión a partir de la metáfora del Cuerpo de Cristo (1 Co 12). Cada miembro es diferente, pero todos son igualmente necesarios. No existe espiritualidad auténtica que desprecie el cuerpo o intente vivir de forma independiente. La comunión, en este contexto, no es opcional. Es

constitutiva de la identidad cristiana. Estar en Cristo es, necesariamente, estar unido a los hermanos. No existe “cristianismo solitario” en el Nuevo Testamento.

3. La comunión es una marca del amor verdadero (¡Cuidar, la responsabilidad es mía!)

Juan 13:35

Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros.

El punto culminante de la identidad cristiana es revelado por Jesús en Juan 13:34-35 a través del “**Nuevo Mandamiento**”. Al declarar que el mundo reconocería a sus discípulos por el amor mutuo, el Señor establece que la comunión no es solo una actividad social, **sino el termómetro de nuestra regeneración**. Como observa el pastor Claudionor de Andrade, “la comunión es la expresión externa de la unidad producida por el Espíritu; sin ese amor práctico, la liturgia se vuelve vacía y la estructura eclesial pierde su esencia vital”.

La conexión entre este amor y la comunión es intrínseca: el amor es la **esencia** y la comunión es la evidencia.

El amor (*ágape*) exigido por Cristo no se cumple en el aislamiento.

Es en el “partir del pan” y en el “tener todo en común” donde el amor se convierte en sacrificio y servicio. Stanley Horton destaca que la plenitud espiritual en la Iglesia Primitiva no resultó solo en manifestaciones de poder, sino en una disposición sobrenatural para el cuidado mutuo, donde el egoísmo daba lugar a la *koinonía*. Por eso decimos en todos los cultos: ¡cuidar, la responsabilidad es mía! Cuidar es amar, amar es tener comunión, y tener comunión es la demostración del verdadero discípulo de Cristo.

Por lo tanto, la comunión es la marca distintiva de la Iglesia ante el mundo. Cuando la comunidad vive en unidad, ofrece una prueba visible de la resurrección de Cristo. Como enseñaba el pastor Antônio Gilberto, la comunión es uno de los pilares que sostienen el edificio de la fe, funcionando como un testimonio silencioso, pero poderoso. Las personas son atraídas a Dios por la forma en que los cristianos cuidan unos de otros. Cultivar la comunión, por lo tanto, es cuidar de la propia credibilidad del Evangelio, pues una iglesia que no vive el amor no puede comunicar plenamente al Dios que es amor.

LOS FRUTOS DE LA COMUNIÓN CRISTIANA **La comunión de la Iglesia agrada a Dios**

Dios no solo sugiere, sino que ordena que su pueblo permanezca unido (**I Co 1:10**). En la oración más profunda de Jesús, el clamor central fue por la unidad de sus discípulos (**Jn 17:11**), revelando que nuestra armonía es el cumplimiento del deseo del corazón del Hijo. Por lo tanto, preservar el vínculo de la paz no es solo una elección eclesiástica, es una **prioridad espiritual (Ef 4:3)**.

La comunión es el terreno donde florece el “vínculo de la perfección”. Exige el ejercicio de las virtudes más nobles del carácter cristiano: la humildad que no busca los propios intereses, la mansedumbre que calma tempestades y la longanimidad que soporta las fallas ajenas en amor (**Ef 4:2**).

Cuando la comunión es genuina, deja de ser un esfuerzo y pasa a ser una “cosecha de frutos



sobrenaturales”:

1. Temor a Dios

La verdadera comunión produce, en la vida de la Iglesia como un todo y en la vida de cada creyente en particular, un santo temor a Dios. Lucas destaca:

Hechos 2:43

“[...] sobrevino temor a toda persona.”

Y el temor a Dios, como todos sabemos, es el principio de la sabiduría (Pr 1:7). Cuando los creyentes temen y aman a Dios, la Iglesia se muestra sabia no solo delante del Señor, sino también delante del mundo.

2. Señales y maravillas

Como pentecostales que somos, creemos firmemente que Dios aún opera señales y maravillas entre su pueblo. Pero para que eso ocurra, es urgente que vivamos en perfecta comunión con el Padre y con cada uno de sus hijos. Lucas resalta que, en la Iglesia Primitiva, lo sobrenatural era algo bastante natural entre los creyentes:

Hechos 2:43

“[...] y muchas maravillas y señales eran hechas por los apóstoles.”

¿El secreto? La comunión.

3. Cuidado mutuo

Una iglesia que cultiva la verdadera comunión cristiana auxiliará a sus miembros en su necesidad. Esto es lo que testimonia el

autor sagrado:

Hechos 2:44-45

“Todos los que creían estaban juntos y tenían todas las cosas en común. Vendían sus propiedades y posesiones y las repartían a todos, según la necesidad de cada uno.”

No se trataba de un comunismo cristiano, sino de la auténtica comunión que el Espíritu Santo derrama en nuestra alma. El comunismo solo difunde miedo, miseria y ateísmo. La Iglesia de Cristo no necesita esa ideología para socorrer a sus miembros: tiene el amor de Dios.

4. Crecimiento

Una iglesia que cultiva la comunión y no se encuentra dividida, solo puede crecer:

Hechos 2:47b

“[...] Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos.”

La Iglesia, como la agencia por excelencia del Reino de Dios, no puede permanecer estancada. Debe crecer tanto local como universalmente.

5. Adoración

La Iglesia Primitiva era también una comunidad de adoración:

Hechos 2:47

“[...] alabando a Dios y teniendo favor con todo el pueblo.”

Sí, la Iglesia que alaba a Dios jamás dejará de ser reconocida, incluso por sus enemigos, como un pueblo especial.

Volvamos al altar de la verdadera adoración. Alabemos a Dios con salmos e himnos. Abramos la *Harpa Cristiana* y celebremos los grandes hechos de Dios.

EL PELIGRO DEL AISLAMIENTO

Si la comunión es el ambiente de la bendición y de la vida, el aislamiento es el terreno donde la fe se vuelve vulnerable. La Biblia nos advierte:

Hebreos 10:25

"No dejemos de congregarnos, como algunos tienen por costumbre."

El autor sagrado comprendía que el aislamiento es el primer paso hacia el enfriamiento espiritual. Como observa el teólogo Myer Pearlman: "un cristiano aislado es como una brasa retirada del brasero: lejos del calor de los otros hermanos, se apaga rápidamente".

El peligro del aislamiento reside en la pérdida de la protección mutua. En el Cuerpo de Cristo, fuimos diseñados para depender unos de otros; cuando un miembro se aparta, pierde el "suministro" que proviene de las coyunturas y ligamentos (Ef 4:16).

El adversario de nuestras almas sabe esto y, como un león que busca a la presa más débil, siempre se enfoca en aquel que se ha apartado del

rebaño. Como destaca Donald Stamps, el aislamiento espiritual a menudo precede a la caída moral y a la apostasía, pues elimina el soporte de la oración y del consejo fraterno.

Además, el alejamiento hiere el corazón de Dios porque interrumpe el flujo del amor que Él ordenó. Quien se aísla priva al cuerpo de sus dones y, al mismo tiempo, se priva de la "dulce comunión" donde el Señor ordena la bendición (Sal 133).

Una vez más, no fuimos llamados a ser "islas espirituales", sino piedras vivas que, juntas, edifican un templo santo. La comunión es nuestro escudo; el aislamiento, nuestra mayor fragilidad.

COMUNIÓN Y VIDA DEVOCIONAL: UNA RELACIÓN INSEPARABLE

La Escritura deja claro que la comunión cristiana no se sostiene solo por estructuras eclesíásticas, agendas ministeriales o



encuentros regulares, sino por una espiritualidad viva, alimentada en lo secreto y expresada en lo colectivo. La comunión entre los hermanos es tanto fruto como reflejo de la vida devocional. Donde la devoción se debilita, la comunión se vuelve superficial; donde la devoción florece, la comunión se profundiza.

1. La devoción personal como fundamento de la comunión colectiva

No existe comunión saludable entre los hermanos sin una vida devocional consistente y sincera delante de Dios. Antes de ser una práctica comunitaria, andar en la luz es una experiencia personal, diaria y continua. Jesús enseñó que la vida espiritual auténtica comienza en lo secreto:

Mateo 6:6

“Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto.”

El cristiano que descuida lo secreto tiende a transferir a la comunidad sus frustraciones, carencias e inmadureces espirituales, generando conflictos, divisiones y relaciones enfermas.

La vida devocional moldea el carácter cristiano (Sal 1:1-3), alinea las motivaciones (Pr 4:23) y enseña al creyente a lidiar bíblicamente

con ofensas, diferencias y correcciones (Col 3:12-15).

Cuanto más alguien es tratado por Dios en la oración, en la Palabra y en la santidad personal, más apto estará para convivir con madurez espiritual en el Cuerpo de Cristo.

La ausencia de devoción personal produce creyentes susceptibles a la irritación, al orgullo espiritual, a la murmuración y al espíritu crítico. Pablo advierte que el amor que edifica nace de “un corazón limpio, de una buena conciencia y de una fe no fingida” (I Ti 1:5), realidades que se cultivan en la relación íntima con Dios.

El pastor Antônio Gilberto observa que “no hay verdadera vida espiritual comunitaria sin disciplina espiritual individual”. Los avivamientos genuinos siempre comenzaron en el altar personal antes de manifestarse en el altar congregacional.

2. La vida devocional como una bendición para la comunidad

“Nuestra comunión unos con otros será solo una conversación vacía si no es alimentada por una conversación profunda con el Señor, en lo secreto. Nadie puede brillar en público si no está ardiendo en lo secreto.”

Con estas palabras, Spurgeon defendía que la salud de la iglesia dependía enteramente de lo que ocurría en los cuartos de guerra de los creyentes. ¡Un creyente con su cuartel general activo es una bendición para su comunidad!

Del reservorio al desbordamiento

Cuando el creyente cultiva una vida devocional, no va a la comunión para ser “alimentado” todo el tiempo, sino para **alimentar**. Quien tiene el reservorio lleno en lo secreto, desborda gracia en la vida del hermano. Su presencia en la comunidad deja de ser una demanda de atención y se convierte en una ofrenda de amor.

Capacidad sobrenatural para perdonar y soportar

La comunión está formada por personas imperfectas. Si no tienes una vida devocional, intentarás soportar las fallas de los hermanos con tu propia paciencia (que es limitada).

En el devocional, recibes el amor de Dios que “todo lo sufre y todo lo soporta”. La intimidad con Dios nos da la “musculatura espiritual” necesaria para soportar y perdonar ofensas que, humanamente, serían imposibles de olvidar.

Discernimiento para aconsejar y edificar

La vida devocional afina tus oídos para la voz del Espíritu Santo. En la comunión, esto se traduce en palabras de

sabiduría. Muchas veces, un hermano está atravesando una lucha y, porque tú oraste y leíste la Palabra por la mañana, el Espíritu Santo usa tu boca para entregar la respuesta exacta que él necesitaba. Tu “mutua enseñanza” (Col 3:16) deja de ser opinión personal y pasa a ser inspiración divina.

Unidad en el Espíritu, no solo en la opinión

La verdadera unidad (Juan 17) es una unidad de espíritu. Si todos los miembros de la Iglesia buscan a Dios individualmente, cuando se reúnen, la unidad ocurre de manera natural, porque todos están “sintonizados” en la misma frecuencia: el Espíritu Santo. Como decía A. W. Tozer: “Si cien pianos son afinados con el mismo diapason, automáticamente estarán afinados entre sí”. El devocional es la “afinación” individual que genera la “sinfonía” en la comunión.

Por lo tanto, la calidad de nuestra comunión pública está determinada por la



profundidad de nuestra devoción particular. Quien no se arrodilla delante de Dios en lo secreto jamás logrará caminar en amor con los hombres en lo colectivo.

CONCLUSIÓN

La comunión con los hermanos es la evidencia de que andamos en la luz. Nace de la salvación en Cristo, es sostenida por la obra continua del Espíritu Santo y se manifiesta en la vida de la Iglesia local. Donde hay comunión, hay crecimiento, amor, perseverancia y testimonio.

Que el Espíritu Santo nos conduzca a una espiritualidad equilibrada: profunda en lo secreto y fiel en la convivencia; intensa en la devoción y madura en la comunión. Así, la Iglesia cumplirá su misión, glorificando a Dios y edificando a los santos. En Cristo,

Pr. Glauber Lopes
Rotterdam, Países Bajos

Algunos mandamientos de “unos a otros”:

1. Amaos unos a otros (Ro 12:10; 13:8; I Pe 1:22; I Jn 3:11, 23; 4:7, 11-12; II Jn 5)
2. Preferíos en honra unos a otros (Ro 12:10)
3. Tened el mismo sentir unos para con otros (Ro 12:16; 15:5)
4. No nos juzguemos más unos a otros (Ro 14:13)
5. Seguid lo que contribuye a la paz y a la edificación mutua (Ro 14:19)
6. Aceptaos unos a otros (Ro 15:7)
7. Amonestaos unos a otros (Ro 15:14)
8. Cooperen los miembros unos a favor de otros (I Co 12:25)
9. Servíos unos a otros (Gá 5:13)
10. Llevad las cargas unos de otros (Gá 6:2)
11. Soportaos unos a otros en amor (Ef 4:1-2)
12. Sed benignos unos con otros (Ef 4:32)
13. Hablad entre vosotros con salmos, himnos y cánticos espirituales (Ef 5:18-19)
14. Someteos unos a otros (Ef 5:21)
15. No mintáis unos a otros (Col 3:9)
16. Perdonaos mutuamente (Col 3:13)
17. Instruíos mutuamente (Col 3:16)
18. Aconsejaos mutuamente (Col 3:16)
19. Creced y abundad en amor unos para con otros (I Ts 3:12)
20. Consolaos unos a otros (I Ts 4:18)
21. Exhortaos mutuamente (He 3:13)
22. Estimulaos unos a otros al amor y a las buenas obras (He 10:23-25)
23. No habléis mal unos de otros (Stg 5:9)
24. Confesaos vuestros pecados unos a otros (Stg 5:16)
25. Orad unos por otros (Stg 5:16)
26. Sed mutuamente hospitalarios (I Pe 4:9)
27. Revestíos todos de humildad en el trato unos con otros (I Pe 5:5)
28. Saldaos unos a otros con ósculo de amor (I Pe 5:14)



Bethlehem Ministry of the Assemblies of God

United States

- . California
- . Florida
- . Georgia
- . Hawaii
- . Illinois
- . Maryland
- . Massachusetts
- . Mississippi
- . Nebraska
- . North Carolina
- . Ohio
- . Pennsylvania
- . South Carolina
- . Texas
- . Utah
- . Virginia
- Washington, DC
- . Washington State

Europe

- . Austria
- . Bangladesh
- . Belgium
- . Czech Republic
- . Denmark
- . France
- . Germany
- . Ireland
- . Italy
- . Luxembourg
- . Holland
- . Portugal
- . Spain
- . Sweden
- . Swiss
- . United Kingdom

Asia

- . Bangladesh

Oceania

- . Australia
- . New Zealand

Caribe

- . Haiti

Africa

- . Mozambique

